



DESAPARECIDAS

CHRIS MOONEY



Todo comenzó un día cualquiera para aquellas tres adolescentes de Belham, Massachusetts. Ellas iban a pasar un día como cualquier otro, en el bosque bebiendo cerveza y fumando un poco. Todo iba bien, hasta que presenciaron aquella escena. Ellas no estaban preparadas para ver algo así, les arrancó la inocencia de cuajo, quebró su amistad, y se convirtió en un reguero de sangre y dolor, mucho dolor...

Han pasado veinticinco años desde que ocurriera aquello, y el secuestro de Carol Cranmore, una adolescente de Belham, ha puesto en guardia a la policía y al FBI. Estos últimos, creen saber a lo que se enfrentan, un nuevo ataque de un asesino en serie, posiblemente el mismo que llevan buscando más de veinticinco años... conocido como El Viajero. Solo existe una persona que haya sido capaz de escapar de las garras de este asesino, pero su estado es tan deplorable que apenas puede que ayuda a la investigación que están llevando a cabo. Darby McCormick, miembro del Departamento de Policía de Boston, es acosada por los fantasmas del pasado, y asumirá este caso como algo personal. Intentara encontrar y salvar a Carol, aunque le cueste la vida en el intento...

Mientras tanto, Carol despierta en una celda oscura. Está asustada, no sabe donde está... oye gritos a lo lejos... gritos de mujeres encerradas como ella. Pero de vez en cuando suena un zumbido, y todas las celdas se abren. Carol cruza el umbral, bajo la atenta mirada de un sádico asesino, dispuesto a dar rienda suelta a sus fantasías más perversas. Se inicia una caza que solo tiene dos reglas básicas: esconderse o morir.

*Para Jen, que me enseñó el cómo,
y para Jackson, que me enseñó el porqué*

En el corazón del hombre hay partes que aún no existen, y en ellas penetra el sufrimiento para que cobren vida.

LEON BLOY

Las auténticas tragedias no son conflictos entre el bien y el mal. Son conflictos entre dos fuerzas del bien.

G. W. F. HEGEL

Primera parte

El hombre del bosque (1984)

Capítulo 1

Darby McCormick agarró a Melanie del brazo y tiró de ella hacia la zona más agreste del bosque. Nadie solía ir por allí. La atracción real quedaba al otro lado, cruzando la carretera 86: los caminos de montaña para ciclistas y excursionistas que rodeaban el estanque de Salmón Brook.

—¿Por qué me llevas por aquí? —preguntó Melanie.

—Ya te lo he dicho —contestó Darby—. Es una sorpresa.

—No te agobies —intervino Stacey Stephens—. Te devolveremos al convento en menos que canta un gallo.

Veinte minutos más tarde, Darby soltaba la mochila en el lugar al que ella y Stacey solían acudir a pasar el rato y a fumar: una pendiente de tierra salpicada de colillas y de latas de cerveza vacías.

Como no quería estropear los tejanos Calvin Klein recién estrenados, Darby palpó el suelo antes de sentarse para asegurarse de que no estaba húmedo. Stacey, por supuesto, se limitó a plantar el culo en tierra sin más miramientos. Había en Stacey algo que transmitía una impresión de desaliño: ni el vistoso maquillaje, ni los tejanos gastados, ni las camisetas siempre una talla mayor conseguían enmascarar el aura de tristeza que flotaba a su alrededor como una nube de polvo.

Darby conocía a Melanie desde... bueno, desde siempre, la verdad, ya que ambas se habían criado en la misma calle. Y mientras que Darby podía rememorar todos los acontecimientos e historias compartidos con Melanie, no

habría sido capaz de recordar cómo había conocido a Stacey o cómo se habían hecho todas tan amigas ni aunque le hubiera ido la vida en ello. Era como si Stacey hubiera aparecido un buen día, de repente. Estaba con ellas a todas horas: en el instituto, en los partidos de fútbol y en las fiestas. Stacey era lo más. Contaba chistes verdes, se relacionaba con la gente más popular y había llegado casi hasta el final con algún chico. Mel, en cambio, parecía una de las figuritas de Hummel que coleccionaba la madre de Darby: objetos preciosos y frágiles que debían guardarse en lugar seguro.

Darby abrió la cremallera de la mochila y sacó las cervezas.

—¿Qué haces? —preguntó Mel.

—Te presento al señor Budweiser —dijo Darby.

Mel empezó a palpar las cuentas que colgaban de su pulsera. Era un gesto que hacía siempre que estaba nerviosa o asustada.

—Venga, Mel, cógela. No te va a morder.

—No es eso. Lo que preguntaba es a qué viene todo esto.

—Es para celebrar tu cumpleaños, bobá —dijo Stacey mientras abría la lata.

—Y tu permiso de conducir —añadió Darby—. Ahora ya tenemos a alguien que nos lleve al centro comercial.

—¿Tu padre no notará que le faltan latas? —preguntó Mel a Stacey.

—Tiene seis cajas en la nevera de abajo, no echará de menos seis asquerosas cervezas. —Stacey encendió un cigarrillo y le arrojó el paquete a Darby—. Pero si él o mamá llegaran a casa y nos pillaran bebiendo, no podría sentarme ni ver bien al menos durante una semana.

Darby alzó la lata.

—Feliz cumpleaños, Mel... Felicidades.

Stacey engulló la mitad de su cerveza. Darby dio un buen sorbo. Mel la olió primero. Siempre lo olía todo antes

de probarlo.

—Sabe a tostada rancia —dijo Mel.

—Sigue bebiendo y verás cómo mejora el sabor... Y tú también te sentirás mejor.

Stacey señaló hacia lo que parecía un Mercedes que se dirigía hacia la 86.

—Algún día conduciré uno de éstos —comentó.

—Puedo imaginarte perfectamente con el uniforme de chófer —dijo Darby.

Stacey le hizo un significativo gesto con el dedo índice.

—¡Que te den! Para tu información, alguien me sacará a pasear en un coche como ése porque pienso casarme con un tipo rico.

—Odio tener que ser yo quien te dé la noticia —dijo Darby—, pero en Belham no hay tipos ricos.

—Por eso pienso irme a Nueva York. Y el hombre con el que me case no sólo estará para chuparse los dedos sino que me tratará como a una reina. Cenas en restaurantes caros, ropa chula, el coche que quiera... Incluso tendrá un avión privado para que podamos volar a la fabulosa casa de la playa que tendremos en el Caribe. ¿Y tú qué dices, Mel? ¿Con qué clase de chico te vas a casar? ¿O sigues empeñada en meterte a monja?

—No pienso tomar los hábitos —dijo Mel, y, como prueba de su decisión, bebió un largo sorbo de cerveza.

—¿Significa eso que por fin llegaste hasta el final con Michael Anka?

Darby estuvo a punto de atragantarse.

—¿Te has estado enrollando con Booger Boy?

—Se echó atrás cuando estábamos en tercero —dijo Mel—. No me ha vuelto a hacer caso.

—Mejor para ti —dijo Darby, y Stacey estalló en risas.

—Venga —dijo Mel—. No seáis así. Es un encanto...

—Claro que es un encanto —dijo Stacey—. Todos los chicos lo son al principio. Una vez que consiga lo que quiere de ti, te tratará como a la basura de ayer.

—Eso no es verdad —dijo Darby, pensando en su padre.

Solían apodarlo Big Red, como al chicle. Cuando su padre vivía, siempre le abría la puerta a su madre. Los viernes por la noche, cuando sus padres volvían de cenar, Big Red ponía uno de los discos de Frank Sinatra y a veces bailaba con su madre, muy pegado a ella, mientras tarareaba sus melodías favoritas.

—Hazme caso, Mel, es todo puro teatro —dijo Stacey—. Razón de más para que dejes de ser tan tímida. Si sigues así, se aprovecharán de ti a todas horas, te lo prometo.

Entonces Stacey se lanzó a dar otra de sus peroratas sobre chicos y sobre los trucos que empleaban para engañarte y conseguir así que les dieras lo que buscaban. Darby entrecerró los ojos, apoyó la espalda contra un árbol y miró a lo lejos, hacia la grande y reluciente cruz de neón que daba a la carretera 1.

Mientras apuraba la cerveza, Darby observaba el tráfico que circulaba por ambos carriles de la carretera y pensaba en la gente que viajaba en esos coches: gente interesante con vidas interesantes a punto de hacer cosas interesantes en lugares interesantes. ¿Cómo conseguía una ser interesante? ¿Era una cualidad con la que se nacía, como el color de pelo o la altura? ¿O era Dios quien decidía por ti? Quizá Dios elegía quién era interesante y quién no, y una tenía que vivir con lo que se le asignaba.

Pero cuanto más bebía Darby, más fuerte y clara oía aquella voz interior que le decía que ella, Darby Alexandra McCormick, estaba destinada a cosas mejores: tal vez no a la vida de una estrella de cine, pero sí algo sin duda más importante y trascendental que el universo Palmolive de su madre: un mundo de limpieza, cocina y cupones descuento. La mayor afición de Sheila McCormick era la búsqueda ávida de gangas en las rebajas.

—¿Habéis oído eso? —susurró Stacey.

Crac, crac, crac. Ruido de pasos que aplastaban hojas secas y ramas.

—Será un mapache —susurró Darby.

—No me refiero a las ramas —repuso Stacey—, sino al llanto.

Darby bajó la lata de cerveza y asomó la cabeza al otro lado de la pendiente. El sol se había puesto hacía ya un rato; lo único que vio fue la difusa silueta de los troncos de los árboles. El rumor de pasos se intensificó. ¿Había alguien allí?

De repente el rumor cesó y todas oyeron la voz de la mujer, débil pero clara:

—Déjame ir, por favor. Juro por Dios que no le diré a nadie lo que has hecho.

Capítulo 2

—Llévate el monedero —dijo la mujer del bosque—. Hay trescientos dólares. Te conseguiré más dinero si es eso lo que quieres.

Darby agarró a Stacey del brazo y tiró de ella hacia la pendiente. Melanie se acurrucó a su lado.

—Lo más probable es que se trate de un atraco, pero él podría llevar un cuchillo. O una pistola —susurró Darby—. Ella le dará el bolso, él se largará y fin del asunto. Así que lo mejor es que no nos movamos.

Mel y Stacey asintieron.

—No tienes por qué hacerme esto —dijo la mujer.

Darby sabía que tenía que sobreponerse al terror que sentía y volver a mirar por encima de la pendiente. Cuando llegara la policía a hacerle preguntas quería ser capaz de recordar todo lo que había visto y oído, cada palabra, cada sonido.

Con el corazón latiéndole desbocado asomó la cabeza por encima de la pendiente y miró hacia el tenebroso bosque. Su nariz rozó briznas de hierba y hojas secas.

La mujer rompió a llorar.

—Por favor. Por favor, no.

El asaltante susurró algo que Darby no pudo oír. «Están tan cerca...», pensó ella.

Stacey había decidido echar un vistazo. Se acercó a Darby.

—¿Qué está pasando? —susurró Stacey.

—No lo sé —dijo Darby.

Un vehículo ascendía por la carretera 86. Los faros formaban un par de extraños círculos blancos que se movían entre los troncos de los árboles y oscilaban a causa del terreno inclinado lleno de baches, rocas, hojas y ramas partidas. Darby oyó música: era *Jump*, de Van Halen; la voz de David Lee Roth resonaba en su cabeza al tiempo que otra vocecilla interna le ordenaba que mirara hacia otro lado, que apartara la mirada de una vez por todas. Dios sabe que ella quería obedecer, pero otra parte de su cerebro parecía haber tomado el control, y Darby no desvió la mirada cuando quedó bañada por la luz de los faros. La ronca voz de David Lee Roth cantaba muévete, salta, mientras una mujer vestida con tejanos y una camiseta gris estaba arrodillada junto a un árbol, con el rostro de un intenso color rojo, los ojos abiertos de par en par y los dedos tensos en un intento desesperado de arrancarse la cuerda que tenía atada alrededor de la garganta.

Stacey se puso en pie de un salto y al hacerlo derribó a Darby. Una roca le golpeó en la sien con tanta fuerza que vio las estrellas. Darby oyó cómo Stacey se abría paso entre las ramas, y al volverse hacia ella vio que Melanie también corría.

Lo siguiente fue un inconfundible crujido de ramas y hojas: el asaltante venía hacia ellas. Darby se puso de pie y salió corriendo.

Darby alcanzó a Stacey y a Mel en la esquina de East Dunsstable. Las cabinas telefónicas más cercanas estaban justo al doblar la esquina de Buzzy's, el establecimiento más popular del pueblo que cumplía las funciones de supermercado, pizzería y grandes almacenes. Recorrieron el resto del camino sin cruzar palabra.

El camino hasta la cabina se les hizo eterno. Sudorosa y jadeante, Darby descolgó el teléfono para marcar el 911, pero Stacey le arrebató el auricular de la mano.

—No podemos llamar —dijo Stacey.

—¿Has perdido la cabeza? —le espetó Darby.

Su miedo estaba dejando paso a una intensa y creciente ira dirigida a Stacey. No debería haber sido una sorpresa que ésta la apartara y saliera corriendo. Stacey siempre pensaba antes en sí misma. El mes anterior, sin ir más lejos, las tres habían planeado ir juntas al cine y Stacey lo canceló en el último momento porque Christina Patrick la había llamado para invitarla a una fiesta. Era típico de Stacey.

—Estábamos bebiendo, Darby.

—No hace falta decírselo.

—Lo olerán en el aliento... Y ya puedes olvidarte de mascar chicle, lavarte los dientes o hacer gárgaras con enjuague bucal, porque nada de eso funciona.

—Correré el riesgo —dijo Darby, intentando quitarle el teléfono a Stacey.

Stacey no lo soltó.

—Esa mujer está muerta, Darby.

—Eso no lo sabes.

—Vi lo mismo que tú...

—No, Stacey. No pudiste ver lo mismo que yo porque saliste corriendo. Me empujaste, ¿te acuerdas?

—Fue sin querer. Te juro que no pretendía...

—Ya. Como de costumbre, Stacey, sólo te preocupas de ti misma.

Darby consiguió arrancarle el teléfono de los dedos y marcó el 911.

—Sólo conseguirás que nos castiguen, Darby. Igual en tu caso consiste en quedarte sin las vacaciones en el Cabo con Mel, pero tu padre no... —Stacey se detuvo. Estaba llorando—. No sabes cómo son las cosas en mi casa. Ninguna de las dos lo sabe.

La operadora contestó a la llamada.

—Nueve, uno, uno, ¿de qué emergencia se trata?

Darby dio su nombre a la operadora y relató lo que había pasado. Stacey se ocultó detrás de un contenedor. Mel

contempló la colina por donde solían descender en trineo cuando eran crías; sus dedos no paraban de manosear las cuentas de la pulsera.

Una hora después Darby caminaba por el bosque acompañada de un detective.

Se llamaba Paul Riggers. Lo había conocido en el funeral de su padre. Riggers tenía unos enormes dientes blancos y a Darby le recordaba a Larry, el vecino delgaducho de la serie *Un hombre en casa*.

—Aquí no hay nada —dijo Riggers—. Lo más probable es que lo asustarais.

Se detuvo y enfocó con la linterna una mochila azul marca L. L. Bean. La cremallera estaba abierta y Darby vio las tres latas de Budweiser que había en el fondo.

—Supongo que esto es vuestro.

Darby asintió mientras su estómago daba un vuelco, se retorció y volvía a subir, como si quisiera encontrar un rincón donde esconderse.

Su cartera no estaba dentro de la mochila. Estaba tirada en el suelo, junto con la tarjeta de la biblioteca. No había ni rastro del dinero que llevaba, ni tampoco del carné de estudiante, donde constaba su nombre y dirección.

Capítulo 3

Su madre la esperaba en comisaría. Después de que Darby hubiera terminado de declarar, Sheila mantuvo una charla en privado con el detective Riggers durante una media hora y luego llevó a Darby a casa en su coche.

Sheila no decía nada, pero Darby no la veía enojada. Sabía que cuando su madre se quedaba así de callada era porque estaba sumida en sus pensamientos. O quizá sólo estuviera cansada; desde la muerte de Big Red tenía que trabajar doble turno en el hospital.

—El detective Riggers me ha contado lo sucedido —dijo Sheila, con voz seca y áspera—. Llamar al nueve, uno, uno fue lo correcto.

—Siento que tuvieran que llamarte al trabajo —dijo Darby—. Y también lo de la cerveza.

Sheila apoyó la mano en la pierna de Darby y la apretó: la señal que indicaba a su hija que todo iba bien entre ellas.

—¿Puedo darte un consejo sobre Stacey?

—Claro —dijo Darby, aunque presentía lo que iba a decir su madre.

—La gente como Stacey no es buena amiga. Y si sales con ellos el tiempo suficiente acaban arrastrándote en su caída.

Su madre tenía razón. Stacey no era una amiga: era un peso muerto. Darby había aprendido la lección por las malas, pero la había aprendido. Por lo que se refería a Stacey, buen viaje.